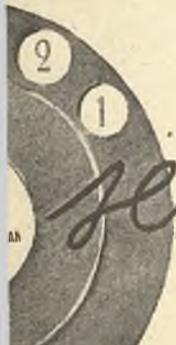




Durante su turno de servicio las telefonistas disponen de veinte minutos de reposo, durante los cuales se les sirve café por cuenta de la Compañía en su sala de descanso.



# señoritas telefonistas

—Desde luego; aunque hasta acostumbrarnos nos volvíamos tarumbas.  
 —¿Podéis contarme algo de él?  
 —¡Ya lo creo! Y pediremos permiso para que veáis el edificio.  
 No es el edificio—por demás conocido—lo que nos interesa, pero de esta forma podremos ver las salas de trabajo. Victoria—que es una figura enteramente de cine—ha ido a recoger este permiso y, entre tanto, nos habla Dolores, no menos cineástica que la anterior:  
 —Estamos divididas en dos categorías.  
 —¿Y en qué se distinguen éstas?  
 —Aparte el trabajo, en algo tan importante como la diferencia de sueldos. Porque, en tanto las de la primera categoría cobran tres mil seiscientas pesetas anuales y quinquenios de treinta y cinco pesetas mensuales, las de la segunda sólo cobran dos mil ochocientos y quinquenios de treinta y dos cincuenta. Además, las taquígrafas y las de la Sección de Máquinas—estas máquinas no son de escribir—cobran una gratificación anual de novecientas y seiscientas pesetas respectivamente.  
 —¿No existen otras diferenciaciones?  
 —Sí, las de Comercial. Pero vamos a pasar a su Departamento y alguna de ellas te lo explicará mejor.  
 Y le toca en suerte explicármelo a Eloísa; rubia de ojos azules, que sin aguardar a nada me pregunta si quiero teléfono nuevo. Después de la presentación y la consabida pregunta, comienza a hablar.  
 —Las de Comercial estamos consideradas como auxiliares de primera y cobramos cinco mil pesetas, por el beneficio de quebranto de moneda.  
 —¿Qué horas de trabajo tenéis?  
 —Unas trabajan siete y otras ocho—nos contesta Julia, a la que no parece gustar mucho el silencio en que la hemos tenido hasta ahora.  
 Ante nuestro gesto de extrañeza, Eloísa, que no parece muy conforme con que le hayan quitado el uso de la palabra, aclara:  
 —Las de oficinas sólo trabajamos siete horas; pero las de tráfico, para completar los turnos del día, trabajan ocho. Claro que tienen una ventaja en el sueldo de treinta a treinta y cinco pesetas mensuales.  
 —¿Y qué horas son?  
 —De nueve y media a una y media y de tres y media a seis y media. Las de tráfico, como es servicio permanente, se turnan cada ocho horas.  
 —Cuéntame algo de cómo hacéis vuestra vida.

Hemos entrado en el ascensor y el pequeño que lo manipula nos mira con cierto asombro, al tiempo que dice su consabido «Para arriba». Victoria, que se ha unido a nosotros, dice: «Planta 5.ª, y comienza nuestro ascenso. Insisto para que me cuenten su vida, y es Eloísa—la más decidida de todas—quien lo hace.  
 —Una de las cosas que más me sorprenden todos los días, al dejar la oficina, es que cada vez que me llaman señorita, no venga seguido de alguna reclamación, bronca o mal humor de algún cliente contra la Compañía. Después, cuando ya he entrado en la normalidad, mi vida es vulgarota...  
 Llegamos a la planta quinta, y esto interrumpe nuestra entrevista. Hemos entrado en la sala de Información, que parece un congreso de señoritas oyendo la radio con aparatos de galena. Voces, muchas voces. «¡No he podido atenderle antes, señor, por tener mucho trabajo.» «Es el 5-2-7-2-9.» «Este señor no figura como abonado.» «¿Ha consultado usted la Guía?», etc.  
 Seguimos nuestra visita y empalmamos la conversación:  
 —Ya te digo que es vulgar. Me levanto temprano, leo el periódico mientras desayuno y después de haberme enterado de las noticias y el programa de los cines (el cine es mi mayor ilusión), salgo de casa para tomar el tranvía. En él voy leyendo alguna novela o alguna revista. Llego a la Telefónica y el trabajo diario de abonar, dar de baja y cobrar a los atrasados o que estaban ausentes de su domicilio cuando pasó el cobrador. Salir a la una y media, comer como una exhalación y volver de nuevo. Luego, ya es otra cosa. Un cine de sesión continua, con mi novio o sola, y hasta otro día.  
 —¿Es cierto que no podéis casaros?  
 —Eso era antes. Ahora, aunque la orden no se ha derogado, se hace la vista gorda. Se pone una mala por tres días, y a la vuelta hay que llamarla señora. Esto es todo.  
 Salimos con todas, pero al momento nos quedamos solos. El retraso que por nuestra culpa han sufrido las hace salir corriendo hacia sus respectivos domicilios, donde las familias estarán extrañadas ante la tardanza poco acostumbrada. Bajo esta gran tabla pitagórica que es la fachada de la Telefónica, las vemos marchar muy de prisa, sin mirar los escaparates, buscando el camino más recto como quien tiene el tiempo contado; diferenciándose, en fin, de las demás señoritas que a esa misma hora consumen por las aceras de la Avenida de José Antonio su paseo-aperitivo.

JULIO SANZ

**NOTA.** —Por ser el personal de la Telefónica Nacional en gran parte femenino, hemos de insistir, en otras informaciones, sobre estas simpáticas muchachas, prueba de la solicitud y el cariño que quiere dispensarles la Revista "Y".

Servicio de Información urbana 03. Cada clasificador giratorio tiene espacio para 20.000 fichas de abonados.

